

Entre la práctica y el sentido: Construir la docencia desde mi perspectiva docente

Ricardo Alberto Valdez Vázquez*

La primera vez que estuve frente a un grupo comprendí que la docencia no se reduce a lo que había aprendido en la formación inicial. Tenía una planeación clara, actividades organizadas y la intención de desarrollar una clase estructurada, pero bastaron unos minutos para notar que el aula no funciona como un esquema predecible. Los estudiantes reaccionan de manera distinta, los tiempos cambian y las situaciones surgen sin previo aviso. En ese momento entendí que enseñar implica interpretar lo que sucede en el entorno inmediato y tomar decisiones constantes.

Ese primer acercamiento no fue perfecto, pero sí determinante. Más allá de los errores, me permitió reconocer que la práctica docente se construye en la experiencia. Con el paso de los días comencé a observar con mayor atención a los alumnos. Noté que algunos participaban con facilidad, mientras que otros evitaban hacerlo, no por falta de interés, sino por inseguridad. Esta diferencia me llevó a comprender que enseñar no es únicamente explicar, sino generar condiciones que favorezcan la participación.

Mi formación en la BCENOG representó una base importante para comprender los fundamentos de la enseñanza. Sin embargo, fue durante las prácticas profesionales donde realmente entendí la complejidad del trabajo docente. A lo largo de ese proceso tuve la oportunidad de integrarme a distintos contextos escolares, cada uno con características particulares que exigían formas de intervención diferentes.

En algunos espacios, los alumnos mostraban mayor disposición para participar, lo que facilitaba el desarrollo de las actividades. En otros casos, el ambiente era más reservado, lo que implicaba generar estrategias distintas para involucrarlos. Estas experiencias me permitieron reconocer que no existe una forma única de enseñar y que cada contexto demanda sensibilidad para comprenderlo. Fue ahí donde entendí que el docente no llega a imponer una forma de trabajo, sino a construirla junto con sus estudiantes.

Durante esas primeras prácticas, mi atención estaba centrada en cumplir con la planeación. Consideraba que una clase exitosa era aquella en la que

lograba desarrollar todas las actividades previstas. Con el tiempo, esa idea fue cambiando. Empecé a entender que el valor de una clase no radica en seguir un plan al pie de la letra, sino en el aprendizaje que los estudiantes logran construir. Esta transición no fue inmediata, pero fue fundamental para mi formación.

Uno de los aspectos que más influyó en mi proceso formativo fue la enseñanza de la lectura. En diferentes contextos observé una situación constante: los alumnos podían leer en voz alta, pero presentaban dificultades para comprender el contenido. Esta realidad llamó mi atención, ya que evidenciaba una brecha entre la decodificación y la comprensión.

Fue en mi último año de prácticas cuando esta problemática adquirió mayor relevancia. Al tener mayor responsabilidad frente al grupo, pude analizar con más profundidad las dificultades de los estudiantes. Comprendí que la lectura no debía limitarse a la repetición, sino que debía abordarse como un proceso que implica interpretar, reflexionar y construir significado.

Recuerdo una sesión en la que trabajábamos un texto con el grupo. La lectura se desarrolló sin mayores dificultades, pero al momento de analizar el contenido, las respuestas eran limitadas. En lugar de continuar con preguntas cerradas, decidí modificar la dinámica. Les pedí que relacionaran el texto con experiencias cercanas. A partir de ese momento, la participación cambió. Los alumnos comenzaron a compartir ideas y a construir una comprensión más profunda.

Ese tipo de situaciones fueron determinantes para consolidar mi interés por la docencia. No se trataba únicamente de enseñar contenidos, sino de generar procesos que permitieran a los estudiantes comprender.

Al concluir mi formación e incorporarme al servicio docente, esta visión se fortaleció. Llevo cuatro años en el ejercicio profesional, y cada ciclo escolar ha representado un aprendizaje distinto. La diversidad de los grupos, las condiciones del contexto y las características de los estudiantes han sido factores que han influido en mi práctica.

Actualmente desempeño mi labor en la Escuela Primaria Benito Juárez, ubicada en un contexto rural. Esta experiencia ha sido fundamental para comprender la relación entre la educación y el entorno social. Los estudiantes llegan con experiencias diversas, muchas veces con limitaciones en el acceso a recursos educativos, lo que influye directamente en su proceso de aprendizaje.

En este contexto, la enseñanza adquiere un sentido particular. No basta con transmitir contenidos; es necesario adaptarlos para que resulten significativos. La lectura, nuevamente, se presenta como un desafío constante. Aunque los alumnos logran leer, la comprensión sigue siendo un aspecto que requiere atención.

Esta situación me ha llevado a replantear continuamente mis estrategias. He buscado integrar actividades que permitan a los estudiantes relacionar lo que leen con su entorno, fomentando así una comprensión más profunda. A través de estas acciones he observado cambios en su participación y en la forma en que interpretan los textos.

Uno de los momentos más significativos en mi experiencia ocurrió cuando algunos padres de familia se acercaron para expresar su agradecimiento. No se trató de un reconocimiento formal, sino de un acercamiento directo en el que compartieron que habían notado avances en sus hijos. Este hecho me permitió dimensionar el impacto de la labor docente más allá del aula.

A partir de esa experiencia, comprendí que la enseñanza no se limita al espacio escolar, sino que influye en la vida cotidiana de los estudiantes y sus familias. Este entendimiento fortaleció mi compromiso con la profesión, ya que me permitió reconocer que cada acción dentro del aula puede tener repercusiones fuera de ella.

Con el tiempo, he consolidado la idea de que la docencia implica un proceso constante de reflexión. No todas las estrategias funcionan de la misma manera, ni todos los grupos responden igual. Por ello, analizar lo que ocurre en el aula se ha convertido en una práctica necesaria para mejorar. Esta reflexión no sólo se da después de una clase, sino durante el desarrollo de ésta, en la toma de decisiones inmediatas.

La teoría ha sido un apoyo en este proceso, ya que proporciona herramientas para comprender fenómenos como la comprensión lectora. Sin embargo, es la práctica la que permite adaptar estos conocimientos a la realidad del aula. Esta combinación ha sido clave en mi desarrollo profesional, ya que me ha permitido construir una práctica más consciente.

Otro elemento que considero fundamental es el ambiente de aprendizaje. La confianza y el respeto influyen directamente en la participación de los estudiantes. Cuando se sienten seguros, se atreven

a expresar sus ideas y a involucrarse en las actividades. Por ello, he procurado construir un espacio donde se valore la opinión de cada alumno y donde el error sea visto como parte del aprendizaje.

A lo largo de mi trayectoria, he enfrentado diversos retos. La diversidad de ritmos de aprendizaje y las condiciones del contexto representan desafíos constantes. No obstante, estas situaciones también han impulsado la búsqueda de alternativas que favorezcan el aprendizaje. Cada dificultad ha sido una oportunidad para replantear mi práctica y fortalecerla.

He aprendido que la docencia no consiste en esperar condiciones ideales, sino en generar oportunidades a partir de los recursos disponibles. Esta perspectiva me ha permitido mantener una actitud propositiva ante las dificultades, entendiendo que el cambio comienza desde el aula.

Con el paso del tiempo he reafirmado la importancia de la educación en la formación de los estudiantes. No se trata únicamente de adquirir conocimientos, sino de desarrollar habilidades que les permitan comprender su entorno. En este sentido, la lectura desempeña un papel central.

Mirando hacia atrás, puedo identificar una serie de experiencias que han contribuido a mi formación. Desde mis primeros acercamientos en la Normal, pasando por las prácticas en distintos contextos, hasta mi ejercicio profesional actual, todo ha sido parte de un proceso continuo que sigue en construcción.

Hoy comprendo que ser docente implica más que transmitir contenidos. Significa acompañar procesos, fomentar el pensamiento y generar oportunidades de aprendizaje. Es una profesión que exige compromiso y disposición para mejorar constantemente.

Finalmente, puedo afirmar que me hice docente porque encontré en la educación un propósito. Porque en cada estudiante existe una posibilidad de desarrollo y en cada clase una oportunidad para generar cambios reales.

Y, sobre todo, porque entendí que enseñar a leer no es sólo enseñar a comprender textos, sino formar personas capaces de comprender el mundo en el que viven.

*Licenciado en Educación Primaria. Docente en la Escuela Primaria Federal Benito Juárez, La Saucedá, Guanajuato. ra_valdezv@bcenog.edu.mx